

3. La verdadera fe

A. T. Jones

Un día un centurión se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, mi siervo yace en casa postrado con parálisis, horriblemente atormentado». Y Jesús le dijo: «Yo iré y le sanaré». El centurión respondió y dijo: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solamente la palabra, y mi siervo será sanado...». Cuando Jesús *lo oyó*, se maravilló y dijo a los que le seguían: «De cierto os digo que no he hallado una fe tan grande, ni siquiera en Israel». (Mateo 8:6-10)

Ahí está lo que Jesús *llama* fe. Cuando encontramos lo que es eso, hemos encontrado la fe. Saber lo que es eso es saber lo que es la fe. No puede haber duda al respecto; porque Cristo es «el Autor... de la fe», y Él dice que lo que el centurión manifestó era «fe»; sí, incluso «gran fe».

¿Dónde, entonces, está la fe en esto? —El centurión quería que se hiciera algo en particular. Quería que el Señor lo hiciera. Pero cuando el Señor dijo: «Yo iré» y lo haré, el centurión lo detuvo, diciendo: «Di solamente la palabra», y se hará.

Ahora bien, ¿qué esperaba el centurión que hiciera la obra? —«La palabra solamente». ¿De qué dependía para la sanación de su siervo? —De «la palabra solamente».

Y el Señor Jesús *dice* que eso es fe.

Aquí había un romano, despreciado y evitado por Israel como un pagano y considerado aborrecido por Dios, quien había pasado su vida entre influencias paganas, sin ventajas bíblicas, sin embargo, había descubierto que cuando el Señor habla, en esa palabra misma hay poder para hacer lo que la palabra dice, y quien dependía de esa palabra para que hiciera lo que decía.

Y estaban el pueblo de Israel, que toda su vida había estado en conexión diaria con la palabra del Señor, que se enorgullecía de ser «el pueblo del Libro» y se jactaba de su conocimiento de la Palabra de Dios; y sin embargo no habían aprendido que en la palabra hay poder para lograr lo que la palabra dice.

Toda esta falta por parte de Israel prevaleció, además, cuando esa misma palabra de la que se jactaban les decía claramente, y les mostraba una y otra vez, que tal es solo el carácter de la Palabra de Dios; y esa palabra era leída en sus sinagogas cada día de reposo.

Esa palabra les había dicho claramente durante toda su vida: «Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace producir y germinar, para que dé semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y prosperará en aquello para lo cual la envié». (Isaías 55:10, 11)

La naturaleza misma les presentaba constantemente la enseñanza de que la tierra por sí misma no podía producir nada; que era la humedad de la lluvia y la nieve, del cielo, *la que* la hacía producir y germinar, y dar fruto.

Y el Señor dijo: «Así será mi palabra». Como la tierra por sí misma no puede hacer nada, así tampoco vosotros por vosotros mismos podéis hacer nada. Y así como la humedad de la lluvia y la nieve del cielo hace que la tierra produzca, germine y dé fruto, así mi palabra os hará producir el fruto de justicia para la gloria de Dios. «Mi palabra, ... ELLA [no vosotros] hará lo que yo quiero».

Muchas veces había leído Israel esta escritura. Y año tras año habían leído la Palabra de Dios, y habían dicho: Haré lo que la Palabra dice; lograré lo que le agrada.

Y para que estuvieran más seguros de que debían hacer exactamente lo que la palabra decía, esa palabra fue separada en partes, y cada parte fue elaborada en muchas distinciones sutiles. Luego se dedicaron diligentemente a hacer, con cuidado y de manera particular, ellos mismos, cada especificación de la palabra, tal como fue presentada.

Cierto, en todo esto no encontraron paz alguna, mucho menos gozo alguno. Con todo su hacer, nunca encontraron las cosas hechas. Siempre se encontraron muy lejos de haber hecho lo que la palabra decía —tan lejos, de hecho, que era el grito de desesperación de Israel que «si tan solo una persona pudiera por un día guardar toda la ley, y no ofender en un solo punto — es más, si tan solo una persona pudiera guardar ese único punto de la ley que afectaba la debida observancia del día de reposo— entonces los problemas de Israel terminarían, y el Mesías por fin vendría». Sin embargo, seguían esclavizándose en la rueda de molino de sus propias obras infructuosas —todo de obras, y nada de fe; todo de ellos mismos, y nada de

Dios; todo de su propio hacer, que en realidad no era hacer en absoluto, y nada de la palabra misma haciendo, que es el único hacer real de la palabra de Dios.

¡Cuán refrescante fue para el espíritu de Jesús, en medio de este desierto desolado de Israel, encontrar a un hombre, quienquiera que fuese, que de verdad había encontrado la palabra de Dios; que sabía que cuando la palabra era hablada, esa palabra misma cumpliría lo que se había dicho; y que dependería de «la palabra solamente»! Esto era fe. Esto abría la vida al poder de Dios. Y como consecuencia, se cumplía en la vida aquello que agradaba a Dios.

«Mi palabra, ... ELLA [no vosotros] hará lo que yo quiero». «La palabra de Dios... obra eficazmente también en vosotros los que creéis». (1 Tesalonicenses 2:13). Depender de ella para que obre en vosotros aquello que es agradable a sus ojos —esto es fe. Cultivar esta dependencia de la palabra es cultivar la fe.

PT, 12 de enero de 1899